HORIZONIE N°2



ROCÍO VEGA

Editorial Cafécon Leche

HORIZONTE ROJO (N.º 2)

ENVÍO ESPECIAL

Rocío Vega

Este libro es el resultado de mucho trabajo y cariño por parte de la editorial y de su autor. No lo piratees, <u>cómpralo y valóralo</u> para que podamos hacer otros aún mejores.





—La señora Jansen la atenderá ahora, señorita Kerr.

Kerr se levantó del asiento donde había esperado los últimos cinco minutos y miró al rae'loc de hito en hito. Lo tenía tan cerca que podía distinguir la silueta de sus huesos bajo la membranosa piel negra.

No podía creer que hubiese gente, gente humana, como Kirsten, que considerase atractiva a aquella especie. Cierto era que carecían de escamas, antenas, exoesqueletos o jorobas, que poseían el mismo número de apéndices y ojos que ellos y que hasta contaban con labios, pero cuando los miraba seguía sin ver nada más que a un puto alienígena. Al menos en la Sígel no abundaban tanto, pero en Aceres, la capital de la colonia rae'loc de Irdis, salían de cada rincón. Habría preferido que Ariadne Jansen no tuviera uno como recepcionista, la verdad. Su humor habría mejorado considerablemente.

Cojeó hacia el despacho de Jansen. La herida de la pierna, aunque tratada con *RegeAsep™* y otros remedios de alta tecnología, aún necesitaría un par de días para sanar del todo. Lo más adecuado para su salud habría sido quedarse descansando un poco más, pero después de cancelar la cita del día anterior no quería dilatar más la espera. Lo último que necesitaba era perder un encargo por culpa de Bahuer.

El muy capullo, después de ganarse el despido por mérito propio, había decidido echarle encima a un grupo de mercenarios de la Torr'Arrian. Esos bichos habían estado a punto de matarla de camino al encuentro con Jansen. Por suerte, no todos sus compañeros eran unos cabrones traicioneros y Rurik le había salvado el culo. La Torr'Arrian sería una compañía afamada en toda la galaxia, pero se los habían cepillado igualmente en dos ocasiones. Con un poco de suerte, algún día lograrían vencerlos sin que Kerr acabase con un tiro en alguna parte del cuerpo. Por el momento, tenía la esperanza de que Jansen le ofreciese una misión que le permitiera salir del planeta pagando todos los gastos pendientes. Ya habría tiempo de ir en busca de Bahuer después.

Ariadne Jansen la esperaba sentada en una silla detrás de un escritorio metálico. Su silueta se recortaba contra la claridad de la ventana exterior. Al ver llegar a Kerr, se puso en pie para recibirla. En persona resultaba más simpática que en las fotos que había encontrado en Extranet; se hallaba en esa franja entre los veintiocho y los cuarenta y cinco en que era difícil precisar la edad, y la sonrisa le iluminaba el rostro. Tenía los ojos verde claro —probablemente artificiales, pero cautivadores—, y una melena oscura y ondulada le enmarcaba la cara morena.

Le tendió una mano.

- —Es un placer conocerla, señorita Kerr.
- —Llámeme solo Kerr —respondió ella, estrechándosela. Procuró hacerlo sin excesiva fuerza, para que el guante de su armadura no le arañara la piel—. Nunca me han tratado de señorita y no creo que sea necesario empezar ahora.
- —De acuerdo. Kerr, entonces. —Le hizo un gesto para que tomase asiento y ella hizo lo propio—. ¿Desea algo de beber?

Kerr hizo una mueca. En otra situación habría dicho que sí, pero estaba decidida a no dejar que el alcohol le nublase la mente antes de firmar ningún contrato. Si quería que su tripulación y su padre volvieran a respetarla, debía tener los pies en la tierra.

—Me gustaría ir al grano, si puede ser. ¿Para qué necesita los servicios de Horizonte Rojo?

Trató de cruzar las piernas, pero la armadura dificultaba sus movimientos; pataleó un par de veces de manera ridícula y lo dejó estar. Esperaba que Jansen no lo hubiese notado. Parecía muy concentrada en responder a su pregunta.

—Tengo un cargamento que necesito que lleven a la estación Sígel.

De vuelta a casa. Eso estaba bien, para variar.

- —Un cargamento. —Había oído eufemismos como ese otras veces—. ¿Ilegal?
- —¿El cargamento? No. —Jansen trató de sonreír con seguridad, pero una nube de preocupación le cubrió la mirada—. Podría encontrar cierta resistencia al abandonar el puerto, pero una vez se encuentre en el espacio dudo que nadie la persiga.
 - —Ya veo. ¿Y en el destino?
 - —Tampoco debería sufrir ningún percance.

Kerr ladeó la cabeza. Aquello sonaba a todo menos seguro. Jansen detectó sus reservas y colocó las dos palmas abiertas sobre la mesa, como mostrando que no escondía nada.

—El cargamento que voy a poner a su recaudo es de vital importancia para mí. Estoy dispuesta a pagar sus servicios y

añadir una bonificación si llega a la Sígel sin haber sufrido daños. Antes de ayer contacté con usted porque era el único grupo mercenario que me inspiraba confianza. Después de haber sobrevivido a la Torr'Arrian como dice la prensa, no puedo pensar en nadie mejor para este trabajo.

Tomó una pizarra electrónica de la pila de ficheros a su izquierda y escribió en ella con un lápiz inteligente. La dejó frente a Kerr de modo que pudiera leer la cantidad que ofrecía. Eran muchos créditos. Si llevaba tanto dinero a casa, esta vez su padre no podría objetarle nada respecto a su liderazgo del equipo. Pero ya había tenido problemas con otros clientes respecto a ofertas jugosas que no llegaban a materializarse. Un goriano llamado Szzik probablemente había sido torturado y asesinado por los arrianos debido a uno de esos... malentendidos.

- —La mitad por adelantado —dijo, fijando su mirada en los ojos de la mujer.
- —Hecho —se apresuró a responder ella—. Puedo transferírselo de inmediato.

Kerr frunció el ceño. Si no ponía ninguna pega y mostraba tanta urgencia, el encargo debía tener gato encerrado a la fuerza. Sin embargo, la posibilidad de obtener los créditos necesarios para largarse de aquel planeta inmundo le resultaba demasiado atractiva. Desplegó su *holo* y observó como Jansen hacía lo mismo, transfiriendo la cantidad a su cuenta personal con un toque del dedo. Aunque eran solo unos y ceros en un fichero global, el cuerpo de Kerr se estremeció con verdadero placer cuando su dispositivo anunció que la operación se había efectuado con éxito.

—Si quiere, ahora podemos beber.

De buen humor después de un par de copas de vino, cuya calidad daba a entender por si no estaba claro que la tal Jansen iba bien de pasta, Kerr se dio un paseo por las tiendas del mercado central. Rurik se encargaba de mantener abastecida la nave y Kirsten de vigilar su buen estado y de gestionar las reparaciones, pero a ella le gustaba comprarse caprichos de vez en cuando.

No buscaba nada en concreto. La cercanía de la muerte le había dado ganas de ser indulgente consigo misma. Tal vez mirase algo de ropa nueva, o joyas sencillas, o incluso un champú de esos tan caros, de los que provocaban orgasmos. Al final, y como siempre, acabó orbitando hacia la tienda de armamento y juguetes para matar.

Había todo tipo de armas a su disposición y una galería de tiro con drones holográficos con los que practicar. Se ofertaban rifles, escopetas, pistolas y explosivos de hasta nivel cuatro, que era el límite adquirible para mercenarios con licencia. Si querías armas pesadas más destructivas, necesitabas acudir al mercado negro o unirte al ejército, pero a Kerr le bastaba con lo habitual para desempeñar sus funciones y sentirse protegida. Le llamó la atención una ballesta con cargas de iones que debía de ser divertida de disparar, pero solo durante un rato. El precio era ridículo para un arma tan específica.

La siguiente sección era de armaduras y mejoras de los escudos. Kerr revisó estas últimas un rato, considerando lo bien que le habían venido en su escaramuza con los arrianos, pero

ninguna le convenció lo suficiente como para gastarse los miles de créditos que costaban.

Lo que sí le llamó la atención fue un *add-on* para los guanteletes que producía ondas electromagnéticas a corta distancia. Un vid recreaba una situación en la que el usuario se hallaba rodeado de enemigos y, accionando el dispositivo de su guantelete, los mandaba a todos al suelo para obtener ventaja.

Había vivido esa situación demasiadas veces en muy poco tiempo como para no verle aplicaciones prácticas. Fue testigo de la demostración una y otra vez, como embobada, hasta que un dependiente se le acercó para ofrecerle su ayuda. Kerr contuvo su desprecio por el rae'loc y le pidió permiso para probar el dispositivo en el campo de tiro. Allí, con el guantelete de prueba sudado, disfrutó derribando a los drones falsos imaginándose que eran arrianos. Lo hizo sin importarle los tirones de la pierna o que los clientes que esperaban su turno para hacer pruebas comentasen su disgusto en voz alta. El dependiente rae'loc desconectó la simulación para obligarla a dejar paso al resto. Ella, con los ojos brillantes por la excitación, corrió a la caja para pagar su juguete nuevo. Estaba deseando usarlo de verdad.



Dos, tres y cuatro. Con el brazo entumecido, Kerr dejó la pesa en el suelo y se sentó en uno de los bancos del pequeño gimnasio de la *Athena*. Su nave era vieja y modesta, pero su padre había acondicionado un gimnasio en uno de los cuartos anexos a la sala de máquinas para asegurarse de que la tripulación aprovechara los tiempos muertos de los viajes. Hacía bastante calor allí dentro cuando surcaban las estrellas. Ahora, mientras seguían atracados en uno de los hangares del puerto, esa calefacción extra casi se echaba de menos.

Kerr se limpió el sudor del cuello y el pecho mientras contemplaba su imagen en el espejo roto al otro lado de la sala. Ya estaba así cuando tomó el control de la nave y casi no era consciente de la raja que atravesaba el cristal. Necesitaba recuperar la forma para cuando recogiesen el paquete de Jansen al día siguiente. Por mucho que la mujer le hubiese asegurado que no sería para tanto, Kerr dudaba que hubiese soltado tanto dinero sin regatear de no tratarse de algo por lo que los expulsarían de Irdis durante un año.

Kirsten bajó la escalera de mano que conducía al gimnasio y alzó una ceja.

- —¡Anda! Te hacía en la ciudad.
- —Nah —respondió Kerr, que se apresuró a revisar las pesas como si no acabase de terminar las series que tenía planificadas para ese día.

Kirsten dejó su toalla y su botella sobre el otro banco y comenzó a estirar a su lado. Llevaba un pantalón deportivo y un top que le marcaba la forma del torso. Kerr la miró de reojo. Su complexión era delgada, pero tenía el tono muscular más desarrollado del que esperaría en una friki de la informática como ella.

—Entonces tenemos una misión nueva, ¿no? —comentó, volviéndose de repente.

Kerr giró la cara con rapidez para ocultar las mejillas encendidas. ¿Desde cuándo era tan idiota?

- —Sí. Pero después volvemos a la Sígel, así que podremos descansar un tiempo antes de aceptar otro trabajo.
- —Bien. La verdad es que ser mercenaria es mucho más aburrido de lo que pensaba.

Kerr se sonrió. Los otros tres... No, dos. Los otros dos miembros de la tripulación habían sido mercenarios toda la vida. Rurik había sido la mano derecha de su padre hasta que este había decidido adoptar un papel más pasivo en la empresa. Nutty había nacido para matar y hacerlo por dinero debía de ser una manera legal de canalizar esos impulsos. Kerr prefería no pensar demasiado en el tema, por si acababa descubriendo algo aterrador que le impidiera seguir trabajando con él. Era un tipo útil.

Kirsten, sin embargo, había sido contratada por sus virtudes como ingeniera, informática y piloto. Era la encargada de la inteligencia, así que recopilaba información mediante drones o espionaje en la Extranet. Tenía estudios. Los otros miembros del grupo hacían lo único que sabían hacer, pero

cuando ella se cansase de jugar a los mercenarios podría buscar cualquier otro empleo.

- —La verdad es que consiste en esperar, mayormente. Esperar dentro de una nave o esperar de pie en una calle. De vez en cuando hay tiros.
- —Es una buena manera de resumirlo. Hablando de tiros, ¿cómo tienes la pierna?
 - —Casi perfecta.

Cuando acabó de calentar, subió a la cinta y empezó a correr no muy deprisa. Kerr se contentó con dirigirle algunas miradas furtivas. Era una estupidez y lo sabía, pero después de lo que había pasado hacía dos noches no tenía ni idea de cómo reaccionar cuando Kirsten se encontraba en la habitación. Borracha como una cuba, había vomitado en su baño, le había contado lo de su madre y ese rae'loc con el que se había fugado, y había intentado besarla. Desde entonces, cada vez que se topaba con ella, sudaba.

Por lo menos, en el gimnasio tenía una buena excusa para hacerlo.

- —Oye, Kerr, ¿te pasa algo? —preguntó Kirsten, que había aumentado el ritmo de la carrera.
 - —¿Qué? —Dio un respingo—. No, ¿por?
 - —Te noto un poco rara.
 - -Ah. No. Será la herida.
- —Vale. —Kirsten sonrió—. Por mi parte todo está bien, ¿vale?

Kerr gruñó. Se apresuró a buscarse un nuevo ejercicio y quemó adrenalina sin poder evitar echarle una ojeada de vez en cuando. ¿Por qué no se había dado cuenta antes de que estaba tan buena? Debía de ser culpa de Bahuer. Ahora sabía que nunca tendría que haber empezado a follar con él. Había tipos que pensaban que meter la polla equivalía a recibir permiso para hacer y deshacer a su antojo. Por si fuera poco, había escogido al más tonto de todos. Rurik tenía razón. Era mejor no acostarse con nadie del equipo.

Entre jadeos, Kirsten se bajó de la cinta de correr, se secó la cara con una pasada de la toalla y tomó su botella para darle un trago largo. La boca se le llenó antes de tiempo y un reguero de agua le chorreó por la barbilla y el pecho. Sin quererlo, Kerr se mordió el labio inferior.

—Lo dejo por hoy —sentenció con tanta prisa que no llegó a escuchar lo que le contestaba la piloto.

Se metió en la ducha nada más volver al camarote. Mientras se daba cabezazos contra la mampara de plástico, dejó que el agua le resbalase por la espalda como los dedos fantasmales de Kirsten, esos en los que no debía pensar. Con Bahuer había sido igual. No, en realidad había sido muy diferente, pero se había equivocado de igual manera. Pero...

Levantó la cabeza y una cascada le cayó por la cara. Resopló y se sacudió antes de alcanzar el gel de la repisa.

Estaba segura de que con ella sería distinto. Kirsten tenía cuidado y se preocupaba por su bienestar. La había ayudado cuando menos lo merecía. En el fondo, era lo más cercano a una amiga que tenía. Quizá por eso fuese reticente a convertirla en Bahuer.

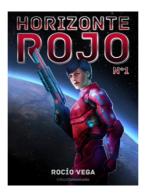
Con un suspiro y la cabeza tan llena de fantasías como de culpa, se echó el gel en la mano y empezó a frotarse con él el cuerpo.



"Horizonte Rojo (n.º 2)" © Rocío Vega, 2016 www.rociovega.es

La saga Horizonte Rojo es © Rocío Vega, 2016

Otros títulos relacionados:







Editores de colección:

Diana Gutiérrez y Ricardo Cebrián

Cubierta: Sara Pérez (http://prez.artstation.com/)

Corrección y maquetación: Diana Gutiérrez

© 2016 Editorial Café con Leche www.editorialcafeconleche.com

